

152



Del Antiguo al Nuevo Testamento

1. En torno al Pentateuco

André Paul

verbo divino

¿P

seudoeπίgrafos? ¿Apócrifos? ¿Intertestamentarios? Los especialistas dudan a propósito del término que mejor pueda definir estos escritos judíos que florecieron a partir del siglo III a. C. y que no fueron conservados en el corpus de escritos canónicos. En el siglo I d. C., en la época del Nuevo Testamento, eran no obstante leídos por los judíos y por los cristianos. Los evangelios o las cartas apostólicas conservan las huellas de estas lecturas.

En 1975, el profesor André Paul ofreció un panorama de obras titulado sobriamente *Intertestamento* (Cuadernos Bíblicos n. 13), un Cuaderno que hizo época. Después, numerosos estudios, a veces muy eruditos, han roturado un campo que aún no había revelado todas sus riquezas. Su interés supera a los universitarios y las bibliotecas, y sus resultados son accesibles a partir de ahora al gran público, como lo ha mostrado la aventura de los manuscritos del mar Muerto, sobre la cual la Biblioteca Nacional de Francia realizó en 2010 una hermosa exposición. Lo que era nuevo en 1975 ya no lo es hoy. Volver sobre estos escritos, sin embargo, se hacía necesario. El historiador está más seguro de los momentos y los ambientes que los vieron nacer. El biblista está mejor equipado para ver cómo navegan por el espacio de lectura entre el Antiguo Testamento y el Nuevo.

La materia es inmensa y se repartirá en dos Cuadernos. Este de ahora está organizado en torno a algunas de las grandes figuras de la Torá de Israel: Adán y Eva, Abrahán, José y sus hermanos o Moisés adquieren una especie de «segunda vida» literaria y sus aventuras se despliegan por los espacios en blanco y los márgenes de los relatos fundacionales. A su lado surgen otros personajes menos conocidos, como los magos Janés y Jambrés, rivales de Moisés, o sobre todo Henoc: «Caminó con Dios y después desapareció, porque Dios se lo llevó» (Gn 5,24); de esta mínima indicación nacieron soberbias visiones que hasta el día de hoy alimentan la fe de los cristianos de la Iglesia etíope. Agradecemos a André Paul que haya reelaborado por completo para nuestros lectores su trabajo de antaño.

En el apartado de «Actualidad» se presentan tres obras que, o bien por la temática que abordan, o bien por el ámbito en el que se mueven, pueden encontrar una relación más o menos estrecha –y hasta cierto punto complementaria– con este Cuaderno de A. Paul.

Gérard BILLON

- **André Paul** nació en 1933. Es biblista e historiador, especialista en el judaísmo antiguo y rabínico, apasionado por la historia de la formación y de la interpretación de la Biblia. Desde 1972 se encarga del boletín crítico del judaísmo antiguo en la revista *Recherches de Science Religieuse*. Entre sus últimas obras destaca *La Biblia y Occidente. De la biblioteca de Alejandría a la cultura europea* (Estella, Verbo Divino, 2008) y *Qumrán y los esenios. El estallido de un dogma* (Estella, Verbo Divino, 2009). En la editorial Cerf dirige la publicación bilingüe de todos los manuscritos del mar Muerto, en una colección titulada «La Bibliothèque de Qumrán», inaugurada con el volumen *Torah. Genèse* (2008).

Del Antiguo al Nuevo Testamento

1 - En torno al Pentateuco

Este Cuaderno presenta trece obras literarias surgidas del judaísmo entre el siglo III o II a. C. y el II d. C. No se conservaron ni en la Biblia judía ni en la Biblia cristiana. Siendo judías, son como el mantillo de los escritos que entrarán en el Nuevo Testamento. Constituyen otros tantos elementos mediadores en ese espacio entre un Testamento y el otro, al que en ocasiones se le ha calificado de «intertestamento». La mayor parte de las veces tienen como protagonista a uno o varios personajes importantes del Pentateuco, núcleo del judaísmo: Adán y Eva, Henoc, Abrahán y otros, hasta Moisés. Un segundo Cuaderno presentará obras que se refieren a los Profetas y a los otros Escritos.

Por **André Paul**

Introducción

Este Cuaderno es una primera entrega a la que completará una segunda, con el mismo título, pero otro subtítulo. Juntas, ambas presentarán una buena treintena de obras literarias surgidas de la sociedad judaica entre los siglos III o II a. C. y el II d. C. Se excluyen de ellas los libros bíblicos, pero también los numerosos rollos o fragmentos encontrados a mediados del siglo pasado en once cuevas más o menos próximas al lugar de Qumrán. Lo cual no impedirá que nos refiramos tanto a unos como a otros siempre que tengamos necesidad de ello.

En función de los lugares y las situaciones, junto a otros muchos perdidos, estos escritos conservados fueron compuestos y redactados en hebreo, en arameo o en griego. La mayor parte de ellos nos han llegado bajo la forma de traducciones, griegas, latinas, siríacas, coptas, etiópicas, armenias, árabes y eslavas, cristianas la gran mayoría de ellas, y a veces siguiendo las versiones antiguas de la Biblia. Se trata sobre todo de componentes rescatados de un patrimonio literario judaico que debió su salvación a generaciones ramificadas de traductores, copistas y lectores cristianos. Como tales, designan los espacios sociales de proliferación literaria, crisoles culturales de los que emana una producción diversificada a la vez próxima y

distinta de las obras consideradas como «Escritura» o «Escrituras».

1. Las definiciones corrientes y sus límites

En los países anglosajones de mayoría protestante se califica corrientemente de «pseudepígrafos» a estos escritos en su conjunto; también se dice simplemente los «Pseudepígrafos (del Antiguo Testamento)», lo que implica a la vez el anonimato y la pseudonimia.

Pseudepígrafos. En griego, los *pseudepigrafa* son «los libros que tienen una falsa *subscriptio*»¹. Hacia finales del siglo II, Serapión, obispo de Antioquía, llama-

1. La *subscriptio*, lit. «escrito debajo», es el título exterior a la obra que se le adjudica a esta *a posteriori*, dicho de otra manera, el título en el sentido moderno del término (así, *Genesis*, título del libro del Génesis en los Setenta y las Biblia cristianas). Se distingue de la *inscriptio*, o título integrado, que consiste en las primeras palabras o *incipit* de un libro (como *Ber'shit*, «En el principio», en el caso del Génesis, en la Biblia hebrea o judía). La adopción del *codex* –códice– o «cuaderno con páginas» en detrimento del rollo o *volumen*, hacia finales del siglo I d. C., favoreció el uso de la *subscriptio*.

ba así a los escritos abusivamente «puestos bajo los nombres» de Pedro y de los otros apóstoles. A decir verdad, este término no convendría más que a la parte de esta literatura caracterizada por la «pseudonimia». Este es un procedimiento literario muy utilizado en la Antigüedad grecorromana, judía y cristiana: consiste en la firma ficticia de un texto, lo más frecuentemente *a posteriori*. Se aplica a los libros bíblicos, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento. ¿No se decía «la Ley de Moisés» antes de que apareciera la palabra «Pentateuco»? Muchas de estas obras «pseudoepigráficas» se atribuyeron a grandes figuras bíblicas. Lo que produjo, entre otras: *Testamento de Abrahán*, *Apocalipsis de Abrahán*, *Testamentos de los doce Patriarcas*, *Testamento de Moisés*, *Apocalipsis de Elías* o *Testamento de Job*.

Olvidado durante siglos, el término «pseudoepígrafo» fue puesto de nuevo en el candelero a comienzos del siglo XVIII por un gran erudito alemán, el luterano J. A. Fabricius (1668-1736). Este publicó una monumental obra titulada: *Codex pseudepigraphus veteris testamenti*. El término se encuentra hoy ventajosamente promovido por la admirable empresa colectiva que, bajo la dirección del eminente biblista americano J. H. Charlesworth, dio lugar entre 1983 y 1985 a la publicación de dos gruesos volúmenes titulados *The Old Testament Pseudepigrapha*.

Apócrifos. Por tradición, en los países latinos sobre todo, los eruditos católicos expresan las cosas de otra manera. Denominan «apócrifos» o «libros apócrifos» a esos escritos considerados como al margen de la Biblia. En el siglo XIX, el *abbé* Migne (1800-1875) publicó su famoso *Diccionario de apócrifos*, o *colección de to-*

dos los libros apócrifos relativos al Antiguo Testamento y al Nuevo Testamento.

En un contexto ecuménico, hablar de apócrifos puede causar dificultades. Porque entre los protestantes se llaman así a los deuterocanónicos de las biblias católicas. No obstante, los editores españoles e italianos titulan siempre sus excelentes ediciones «Apócrifos del Antiguo Testamento».

Escritos intertestamentarios. En Francia, la aparición en la prestigiosa Bibliothèque de la Pléiade del primer volumen de *La Bible. Écrits intertestamentaires*, en 1987, contribuyó a generalizar el adjetivo «intertestamentario». La fórmula no carece de ambigüedad. Puede dar a entender, equivocadamente, que los mencionados escritos ocupan el intervalo temporal «entre» el Antiguo Testamento y el Nuevo. Ahora bien, ambos se formaron casi simultáneamente, el Antiguo a partir de finales del siglo I d. C., y el Nuevo en la primera mitad del siglo II.

Apelativos insatisfactorios. A decir verdad, ninguno de los apelativos es satisfactorio si se trata de abarcar la totalidad de las obras. El número y la diversidad de los documentos revelados por los descubrimientos del mar Muerto, a mediados del siglo pasado, han vuelto la situación más compleja aún. En rigor y en teoría, solo sería pertinente la noción de «Antigüedad literaria» ampliada a la sociedad judaica, aunque integraría obligatoriamente lo que es bíblico y lo que no lo es, como ocurría todavía en la época del cambio de era en la famosa biblioteca llamada de Qumrán (cf. el recuadro de la página siguiente).

En Qumrán: la Biblia antes de la Biblia

De 1947 a 1956 se retiraron los restos, a veces sustanciales, de cerca de novecientos rollos de once cuevas de las inmediaciones del lugar de Qumrán, al oeste del mar Muerto; su publicación duró medio siglo, de 1951 a 2001. Entre estas piezas surgidas de la sociedad judaica directamente precristiana, en torno a doscientas son bíblicas, lo que quiere decir que corresponden formalmente a libros presentes en nuestras Biblias. La mayor parte se presenta en varios, incluso en numerosos ejemplares: así, quince del Génesis, una buena treintena solo del Deuteronomio, etc. Además, con respecto a los Profetas, entre otros, se han hallado fragmentos de los que los expertos llaman *Apócrifos de* (Jeremías), *Según* (Ezequiel) o *Pseudo-*(Daniel). Es posible que entonces apenas hubiera distinción entre estos libros a los que llamamos «falsos» y otros que habrían sido «verdaderos». A finales del siglo I, Flavio Josefo refiere que en su época circulaban dos libros de Ezequiel, sin establecer entre ellos la menor distinción cualitativa; más aún, que Daniel había escrito «libros». No habrá selección decidida más que a partir de finales del siglo I.

Con muy raras excepciones, prácticamente todos los libros de la Biblia hebrea se encuentran atestiguados en Qumrán. De modo que se impone esta constatación: justo antes de la irrupción del cristianismo, en esta rica biblioteca, los libros que se llaman bíblicos se presentaban fragmentadamente, más o menos mezclados con el conjunto de los otros. No obstante, se les reconocía de hecho una excelencia y una autenticidad que, en el uso que se hacía de ellos, los ponía como

aparte, a ejemplo de las cosas llamadas «santas». La noción de «canon de las Escrituras», latente, estaba a punto de aparecer.

El vasto fresco histórico que compone la historia de Israel, la que supone la disposición ordenada y casi genealógica de una amplia serie de libros, desde la creación del mundo hasta la caída de Jerusalén (587 a. C.), no existía materialmente. Prácticamente no hay más que rollos o libros separados. La única agrupación literaria atestiguada es la de los cinco libros de Moisés; e incluso bajo la forma de una antología ordenada que los editores anglófonos titularon *Reworked Pentateuch* (4Q158, 4Q364-368). Desde comienzos del siglo II a. C a finales del I d. C., en la tierra nacional de los judíos se designaban algunos conjuntos: *la Ley, los Profetas* o incluso *la Ley y los Profetas*; a estos últimos a veces se añadían *David* o los *Salmos*. Estas fórmulas están atestiguadas en varios textos de Qumrán; las encontramos en los evangelios (Lc 24,24). Pero en estos casos no son más que denominaciones generales o teóricas, sin relación alguna con la situación material de las cosas. En realidad, no circulaba ninguna lista de estos libros que citas y comentarios contribuían a seleccionar incluso en el acto de magnificarlos. Las listas solo aparecerán más tarde, cuando el judaísmo y el cristianismo pongan en práctica sus doctrinas e instituciones respectivas. Por otra parte, es posible que grandes obras encontradas en las cuevas, el *Libro de los Jubileos* y el *Rollo del Templo* principalmente, considerados como «de Moisés», se situaran en la misma órbita de la Ley.

2. De un Testamento a otro

Este Cuaderno se titula «Del Antiguo al Nuevo Testamento». Este título significa una dinámica y un movimiento en un considerable espacio de producción literaria: el mismo en que se inscriben, con su origina-

lidad propia, la génesis y la expresión de los primeros textos cristianos.

Un humus común. Designa igualmente todo un conjunto de elementos mediadores entre un Testamento y otro. Si, en la concepción cristiana de las co-

sas, el Nuevo completa e incluso –según se enseña– «cumple» el Antiguo, es sobre la base de un humus social y cultural que nutre una red común de relaciones inspiradoras. El NT no es un receptáculo de preséptamos selectivos, en ambiente judaico o en otros, con correctivos o sin ellos. A ejemplo de la sociedad como tal, la cultura no se trocea, no se dosifica, no se distribuye; actúa como por ósmosis nutricia en territorios con fronteras porosas. Sobre este principio es sobre el que descansa la problemática central de la presente publicación. Se han establecido numerosas relaciones entre los escritos presentados y los libros del NT; a ello hay que añadir las frecuentes remisiones a los textos de Qumrán. La finalidad no es en absoluto indicar fuentes u otras influencias, tanto en un sentido como en otro. Una comunidad de cultura ampliamente diversificada despliega aquí sus efectos: a pesar de divergencias doctrinales, que naturalmente impregnan todo relato y determinan todo discurso. Esa comunidad muestra haber alcanzado un nivel de riqueza y un grado de madurez que le permiten generar muchas y fructíferas consecuencias; esto sin llegar a, incluso más allá de, distinciones religiosas que solo serán percibidas o designadas *a posteriori*.

Testigos de una cultura judía. Durante la primera parte del siglo II, una selección concertada de libros constituyó poco a poco el corpus llamado de una vez para siempre «Nuevo Testamento». Culturalmente, la élite cristiana a la que debemos estos textos, predicadores o narradores, teóricos o pensadores, vivía y evolucionaba en la encrucijada de las culturas mediterráneas y orientales, lo cual no carecía de consecuencias sobre la reflexión ética y la práctica de la es-

critura. Pero, literariamente, el patrimonio primero del que disponía era esencialmente judaico; representaba para ella una cultura *a priori*. De esta se conocen hoy tres categorías de testigos directos, incluso contemporáneos.

1) *Los manuscritos encontrados en las cuevas de los alrededores de Qumrán.* Mayoritariamente en hebreo, la mayor parte de ellos proceden de la tierra nacional. Bajo la forma de restos o fragmentos, contienen entre otras cosas la totalidad de los libros de la Biblia hebrea junto con algunos otros, el Sirácida y Tobit principalmente, conservados solo entre los Deuterocanónicos. Desde el punto de vista de la historia de la producción literaria, no conviene clasificar aparte estos documentos llamados «bíblicos», separándolos así de los otros, ampliamente mayoritarios, que no lo serían. No había Biblia en aquella época.

2) *Los testigos escritos de una producción propiamente judeo-griega.* Los textos de esta segunda familia fueron compuestos directamente en griego, lengua generalizada de la cultura y los negocios, idioma obligado de la diáspora occidental, con Alejandría como centro insigne que irradiaba. Atestiguan la existencia de una inmensa y rica literatura preservada parcialmente solo por canales cristianos. En el plano de la filosofía, la ética y la literatura, algunos intelectuales judíos implantados en tierra griega fusionaron con brío las tradiciones ancestrales de Israel y lo que, en su opinión, representaba lo mejor de la cultura helénica. En gran parte, lo que queda de sus obras se presentará en la última sección del segundo Cuaderno. Por caminos que es difícil de explicar, muy pronto la reflexión y la escritura cristianas harán la síntesis de dos ramifi-

caciones, de dos elementos de cultura judaica, el de la tierra nacional y el de la diáspora. De lo cual da testimonio la obra de Pablo más que cualquier otra.

3) *Los libros pseudoepigráficos y otros libros vecinos.* Esta serie está compuesta por muchos títulos que son el objeto de este primer Cuaderno y de una buena parte del segundo, todos salvados por generaciones de letrados cristianos que, en lugares diferentes, los recibieron, tradujeron y transmitieron.

Se plantea una cuestión: ¿se puede reconstruir este conjunto literario, dividido así por razones de situación, convenciones o pedagogía, en el ambiente pertinente que lo vio nacer y circular cuando aún no había ni jerarquía ni selección entre los diferentes escritos? Si es así, ¿cómo? En resumen, ¿de qué forma integrar la totalidad diversificada de las obras supervivientes, muy numerosas a fin de cuentas, en el espacio cultural y doctrinal de la sociedad judaica? Más que una pregunta es un problema lo que se plantea. La solución no podrá venir más que en la conclusión del recorrido que se propone aquí.

3. Una Biblia fragmentada, pero en extensión

En los dos Cuadernos, el lugar respectivo de cada uno de los escritos está en función de la del protagonista signatario de la obra, frecuentemente su protagonista sin más (Adán, Henoc, Abrahán, etc.), en el desarrollo del relato bíblico. Se ha querido hacer honor a la antigua fórmula «la Ley y los Profetas». Si bien la primera entrega empieza con la *Vida de Adán y Eva* pa-

ra acabar con el *Testamento de Moisés*, como eco del Deuteronomio. De ahí el subtítulo: «En torno al Pentateuco».

El segundo Cuaderno, subtulado «En torno a los Profetas y otros Escritos», seguirá la misma regla. Empezará con las *Vidas de los Profetas*, el *Apocalipsis de Elías* y el *Martirio de Isaías*, para acabar con el *II libro de Baruc*, el *IV libro de Esdras* y los *Salmos de Salomón*; en anexo figurarán las piezas de la corriente judeo-griega que no han encontrado sitio en las rúbricas anteriores.

La importancia de las figuras bíblicas. La idea de semejante división nació de una constatación. Todos estos libros sin excepción presentan ventajosamente, e incluso frecuentemente corrigen, los gestos y las palabras de las grandes figuras bíblicas: antepasados primordiales, padres fundadores, héroes nacionales, profetas, sabios y otros. Ciertamente, en su versión original, datan de una época en que la Biblia como tal aún no existía, ni constituida ni nombrada. Se puede decir, no obstante, que son a su manera, cada uno parcialmente, Biblia «al cuadrado». Son ricos en tradiciones desconocidas por los libros santos, pero en muchas cosas identificables en escritos posteriores, judíos y a veces cristianos; lo cual permite verificar su antigüedad. Así, por ejemplo, las referencias a las traducciones arameas de las Escrituras o *targumes* son bastante frecuentes. La suma de estas tradiciones representa para la época otras tantas formas de leer e interpretar los textos sagrados. Por otra parte, en la medida en que se puede decir que el Antiguo Testamento se «cumple» en el Nuevo, el acto de cumplimiento entraña necesariamente con él el

impresionante conjunto de estas «exégesis» acumuladas. Sea lo que fuere de la relación de estas últimas con el texto de las Escrituras, en la época en que, según parece, tenían un lugar legítimo en la «cosa bíblica». El proceso de «canonización» no estaba suficientemente comprometido como para haber hecho, o al menos oficializado, la selección.

Ahora bien, el nacimiento y el desarrollo, la transmisión y la integración de estas tradiciones implican procedimientos, si no reglas. Aquí, los textos de Qumrán ofrecen una iluminación directa.

Las variaciones del midrás. En primer lugar, por lo que respecta al método o la forma del midrás. El término aparecerá frecuentemente en este Cuaderno. Se trata de un término hebreo que significa «investigación» o «búsqueda», prioritariamente sobre el texto de la Ley. Ley de Moisés de la que una buena parte consiste en relatos sobre la vida de los antepasados de Israel.

El sustantivo «midrás» deriva del verbo *darásh*, «buscar». Lo encontramos ocho veces en los escritos procedentes de las cuevas, con los siguientes significados: 1) «búsqueda» o «investigación»; 2) «estudio» profundo de la Ley, incluso de los Profetas; 3) «aplicación» aquí y ahora de los resultados de la investigación. Designa, por tanto, la actividad del «intérprete» o «investigador», en hebreo *dorésh ha-Torá*, «buscador de (o en) la Ley». La finalidad del midrás es establecer la relación viva y actual entre el texto sagrado y el pue-

blo santo que es oficialmente Israel. La palabra se aplica igualmente a los resultados de la búsqueda, lecturas y proposiciones que un día se agruparán en una obra escrita llamada también *Midrás*. La literatura judía posterior, llamada rabínica, producirá recopilaciones de exégesis de libros enteros (Génesis, etc.), en plural: *midrashim* (o midrases).

No será raro en este Cuaderno que un libro sea presentado como un «midrás» (de tal o cual pasaje de un libro del Pentateuco). Pero la mayor parte de las veces el término se encontrará calificado con un adjetivo.

Así, el midrás es llamado «hagiográfico» en la medida en que se magnifican las acciones de un personaje, a ejemplo de una «vida de santo». Esta clase de midrás es llamado «hagádico» cuando está constituido por relatos ampliados por tradiciones o leyendas nuevas (*haggadá*, en hebreo, significa «narración», «proclamación mediante relato»). Por contra, se le llama «haláquico», del hebreo *halaká*, «camino», «regla de vida» o «ley» (del verbo *halak*, «caminar»), si la dominante es prescriptiva o normativa. Se encontrará igualmente la expresión «midrás apocalíptico» cuando el género del apocalipsis lo domina. El sentido de la palabra «apocalipsis», del griego *apokalypsis*, «revelación», se iluminará fácilmente a lo largo de estas páginas. Cercano a este del apocalipsis o integrándolo encontraremos bastante frecuentemente el género del «testamento» o «discursos de despedida», muy presente en la Biblia, tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo.